



ANDRÉS BELLO (1781-1865): “JUICIO SOBRE LAS POESÍAS DE JOSÉ MARÍA HEREDIA”. CRÍTICA LITERARIA PUBLICADA EN *BIBLIOTECA AMERICANA* Y *EL REPERTORIO AMERICANO*

Alister Ramírez Márquez
The City University of New York, BMCC

El presente estudio trata con mayor amplitud los delineamientos de la crítica literaria que Bello publicó en *Biblioteca Americana* (1823) y *Repertorio Americano* (1826-27). Es importante aclarar que para comprender esta etapa de aprendizaje, profundización y reflexión crítica de Bello, es necesario mencionar otros artículos críticos que publicó años más tarde en Chile. En verdad, durante su período en Londres su mirada crítica se afina dentro de los postulados estéticos neoclasicistas y románticos. No es sorprendente que en su vida literaria en Santiago amplíe y se dedique a temas de crítica artística y literaria, cuyos estudios ya había iniciado en la capital inglesa.

Para la elaboración de esta investigación se han estudiado textos recopilados en el tomo IX de *Obras Completas de don Andrés Bello*. De él he escogido artículos publicados en *Biblioteca Americana*, *Repertorio Americano*, y *El Araucano* (Santiago, 1830-1853). Fundamentalmente, “Juicio sobre las obras poéticas de Don Nicasio Alvarez de Cienfuegos”, “Noticias sobre la Victoria de Junín: Canto a Bolívar”, “Juicio sobre las poesías de José María Heredia, Campaña del ejército republicano al Brasil y triunfo de Ituzaingó”, “Meditaciones poéticas de José Joaquín de Mora”, “Poesías de José Fernández Madrid” y “La Araucana por don Alonso de Ercilla y Zuñiga”.

Poesías de José María Heredia

Este ensayo fue publicado en *Repertorio Americano* en el tomo segundo de enero de 1827. En el tomo primero de octubre de 1826, Bello ya había anunciado en la sección de notas bibliográficas la aparición de este libro: “producciones de un joven habanero, en las cuales, a vueltas de algunos descuidos de lenguaje, se descubre una fantasía vivaz y rica, un corazón afectuoso, y otras eminentes calidades poéticas”¹.

Bello comenta la edición de 1825, preparada y publicada en Nueva York por el mismo Heredia (1803-1839)². Se refiere a la juventud del poeta cubano. Con sólo

¹ *Obras completas*, tomo IX, pág. 234.

² José María Heredia. Nació en Santiago de Cuba y murió en México. Poseía un íntimo convencimiento de su frustración y de su fracaso lo cual lo acercó más al Romanticismo. Véanse los estudios de Pedro Manuel González. *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana, tomo II, del Romanticismo al Modernismo*. Barcelona: Grupo Editorial Grijalbo, 1991, págs. 129-134. Véase



ventitrés años, su pluma es precoz e inquieta: “aunque imita a menudo, hay, por lo común, bastante originalidad en sus fantasías y conceptos; y le vemos trasladar a sus versos con felicidad las impresiones de aquella naturaleza majestuosa del Ecuador, tan digna de ser contemplada, estudiada y cantada”³. Conviene observar que Bello es conocedor de esa misma naturaleza, no sólo por las imágenes que ha plasmado estéticamente en sus “Silvas”, sino, como ya se ha indicado previamente, por experiencia personal en Caracas durante sus excursiones como ayudante de Humboldt. De hecho en el *Boletín Bibliográfico de Repertorio Americano* de abril de 1927 (tomo tercero), Bello hizo una reseña de una traducción al español de *Viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente hecho en 1799 hasta 1804* por A. Humboldt y A. Bonpland, redactado por A. de Humboldt, con mapas geográficos y físicos. El libro del barón alemán fue publicado en París en 1826. En verdad, Bello es uno de los pocos redactores de la revista que puede leer una obra de esta naturaleza y ofrecer juicios acertados: se queja de la mala traducción al español: “[...] y nos dolemos de que no haya emprendido esta obra algún traductor dotado de las cualidades necesarias para su empeño, que además del cabal conocimiento de los dos idiomas, requiere cierta familiaridad con el lenguaje técnico de las ciencias físicas, y nociones más que medianas de historia natural”⁴. ¿Quién más que un estudioso como Bello puede tener los conocimientos científicos generales para señalar sin arrogancia los problemas de una traducción?; y prosigue Bello:

Por falta de estos indispensables requisitos está plagada de errores de traducción, señalándose a menudo los objetos con denominaciones bárbaras e ininteligibles. He aquí unos pocos ejemplos que nos han saltado a los ojos en menos de treinta páginas del tomo I, y aún no son todos. A las hojas pintadas llama el traductor peludas; a los cocos, cocoteros [...]; a las tunas o cactus, raquetas y cacteros [...]; a la culebra de cascabel (serpent à sonnettes), serpiente de campanillas [...]; a las palmas, palmeros⁵.

En tal sentido, suena la voz precisa del Bello que se preocupa por escoger el vocablo correcto del idioma. Siempre está presente el pensamiento sistemático de un catalogador que reclama un lenguaje propio para denominar las especies del Nuevo Mundo.

Ahora bien: luego de mostrar su conocimiento de la naturaleza americana por experiencia propia, como lo manifiesta, por ejemplo, en la reseña del libro de Humboldt, volvamos a la crítica del poema de Heredia. En ella Bello se aparta de los embriagos que le produce la naturaleza americana, y pasa de los elogios a describir las faltas en la poesía herediana:

La afectación de arcaísmos, la violencia de construcciones, y a veces aquella pompa hueca, pródiga de epítetos, de terminaciones peregrinas y retumbantes [...]. Uno de los

también el prólogo de Arturo Uslar Pietri. *Obras Completas. Temas de crítica literaria*, tomo IX, pág. XXII.

³ *Obras Completas*, tomo IX, pág. 235.

⁴ *Repertorio Americano*, tomo III, pág. 297.

⁵ *Ibid.*



arcaísmos de que más se ha abusado, es la inflexión verbal fuera, amara, temiera, en el sentido del pluscuamperfecto indicativo. Bastaría para condenarle la oscuridad que puede producir, y de hecho produce no pocas veces, por los diversos oficios que la conjugación castellana tiene ya asignados a esta forma de verbo. Pero los modernos, y en especial Meléndez, ya no contentos con el uso antiguo, la ha empleado en acepciones que creemos no ha tenido jamás [...]. Si esto no es una verdadera corrupción, no sabemos qué merezca ese nombre⁶.

Bello no sólo capta la presencia del abuso de epítetos y errores del idioma, sino que recomienda la lectura de los clásicos de la Antigüedad y de los poetas castellanos del Siglo de Oro:

Lope, Argensola y Rioja, entre otros, con el fin de hacer poesía en una forma más cercana al castellano: como preservativo de estos y otros vicios, mucho más disculpables en el señor Heredia que en los escritores que imita, le recomendamos el estudio (demasiado desatendido entre nosotros) de los clásicos castellanos y de los grandes modelos de la Antigüedad. Los unos castigarán su dicción, y le harán desdeñarse del oropel de voces desusadas; los otros acrisolarán su gusto, y le enseñarán a conservar, aún entre los arrebatos del estro, la templanza de imaginación, que no pierde de vista a la naturaleza, y jamás la exagera ni la violenta⁷.

Es notable la presencia de la voz del crítico Bello, quien habla como un estudioso de la historia de la lengua castellana. Es preciso indicar que Bello ya había publicado en *Biblioteca* y en *Repertorio* dos estudios ortográficos fundamentales para la reforma del castellano en América. El otro Bello que aconseja los libros clásicos, es el erudito que los ha leído en el Museo Británico. No lo hace por un acto de pedantería sino por afán didáctico.

Por otra parte, Bello destaca sus poemas favoritos, que contienen temas americanos o los que “se compusieron para desahogar sentimientos producidos por escenas y ocurrencias reales”⁸, de modo que transcribe para el lector los siguientes poemas de Heredia: “Versos escritos en una tempestad”, “Fragmentos descriptivos de un poema mexicano”⁹, “A mi padre, en sus días”. Aprovecha este último poema para

⁶ *Obras Completas*, tomo IX, pág. 243.

⁷ *Ibid*; pág. 244.

⁸ *Ibid*; pág. 236

⁹ Versión temprana de “En el teocalli de Cholula” (1820). La extensa silva sufrió varias elaboraciones entre 1820 y 1832, pero el propio autor señaló como fecha original de creación en diciembre de 1820. Los tres manuscritos que hoy trabajan los críticos son probablemente muy distintos del que escribió Heredia en México antes de cumplir diecisiete años. Véanse los estudios sobre el poema en Pedro Manuel Heredia González. *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana, tomo II del Romanticismo al Modernismo*. Barcelona: Grupo Editorial Grijalbo, 1991, pág. 129-134. Asimismo, González afirma que la primera lección no se ha encontrado y sólo hasta 1825 Heredia incluyó esta oda en sus *Poesías* (1825). La versión que hoy se conoce es superior a la que el poeta escribió en 1820. Entre 1825 y 1832, cuando la reprodujo en la edición de Toluca, Heredia suprimió algunos versos, modificó otros y le añadió las últimas cincuenta líneas que no figuraban en el texto de 1825. Cabe anotar que Bello está trabajando sobre un texto que todavía no ha pasado tantas transformaciones (edición de 1825). Por otro lado, en una cita de Tilmann Altenberg en un estudio de



elogiar al padre del poeta, un eminente americano. Asimismo, se lamenta de que no dedique más poemas de afecto personal y dedique otros a la producción erótica: “de que tenemos ya en nuestra lengua una perniciosa superabundancia”¹⁰. Se recoge, pues, en estas apreciaciones de Bello una actitud estética más madura para elaborar juicios literarios. De acuerdo con Bello, el poeta sigue la escuela de Meléndez y de otros poetas castellanos del momento, pero al mismo tiempo detecta los excesos y arcaísmos, que son vicios copiados de los autores españoles contemporáneos de su tiempo: “[...] con aquella madurez de juicio tan necesaria en la lectura y la imitación de los modernos [...]. Desearíamos que si el señor Heredia da una nueva edición de sus obras, las purgase de estos defectos, y de ciertas voces y frases impropias, y volviese al yunque algunos de sus versos, cuya prosodia, no es eternamente exacta”¹¹. En efecto, Bello no deja de criticar el estilo de Heredia debido a la influencia corruptora de los poetas modernos:

Otra cosa en que el estilo de la poesía moderna nos parece desviarse de las leyes de un gusto severo, es el de caracterizar los objetos sensibles con epítetos sacados de la metafísica de las artes. En poesía no se debe decir que un talle es elegante, que una carne es mórbida, que una perspectiva es pintoresca, que un volcán o una catarata es sublime. Estas expresiones, verdaderos barbarismos en el idioma de las musas, pertenecen al filósofo que analiza y clasifica las impresiones producidas por la contemplación de los objetos, no el poeta, cuyo oficio es pintarlos¹².

La postura aristotélica con respecto a la tarea imitativa del poeta le viene a Bello a través de la poética del Renacimiento, el siglo XVIII y los neoclásicos que estuvo dominada por Aristóteles y Horacio. Vale la pena recordar que la primera labor de Aristóteles consiste en definir el arte de la poesía (poiesis), que es el tema central de su obra. El filósofo establece tres clases de pensamiento: conocimiento (teoría), acción (praxis) y realización (poesis). Un tipo de realización es la imitación, que según Monroe C. Beardsley: “[...] Aristóteles parece tomar sencillamente como representación de objetos o acontecimientos¹³”. Una de las divisiones del arte imitativo es la poesía, imitación de la praxis a través del verso, la canción y la danza. Por consiguiente la poesía se distingue de la pintura, entre otras cosas, por el medio en que se expresan. En el caso de la primera, por el color, por ejemplo, y en la segunda por las palabras, melodía y ritmo. El drama (cómico y trágico) y la poesía serán dos de las especies de mayor interés para Aristóteles. Sin embargo, el concepto de

“En el teocalli de Cholula”, señala el interés de Bello en la obra de Heredia, y en particular en este poema, ya que el venezolano estaba escribiendo un poema épico: “No debe sorprender que Andrés Bello, quien –como es sabido– proyectaba en aquellos años un poema de dimensiones épicas titulado “América” que nunca llegó a concretarse y del cual se han conservado algunos borradores, haya fijado su atención –en el conocido juicio crítico de 1827, de la primera edición de las poesías de Heredia-... Es obvio que la aparente afinidad entre ambos poetas es ante todo pragmática”. Tilmann Altemberg, *Melancolía en la poesía de José María Heredia*. Madrid: Iberoamericana, 2001, págs. 154-155.

¹⁰ *Obras Completas*, tomo IX, pág. 236.

¹¹ *Ibid*; pág. 236.

¹² *Ibid*; pág. 244.

¹³ Monroe C. Beardsley, John Hospers. *Estética*. Madrid: Cátedra, 1986, pág. 26.



imitación lo interpretaron y lo criticaron los teóricos italianos renacentistas. Beardsley comenta que:

Entre los principales puntos de desacuerdo y polémica figuran la cuestión de si la poesía puede encasillarse en géneros fijos y obedecer a normas rígidas, tales como las unidades dramáticas adoptadas de forma tan intransigente como Gilulio Cesare Scaligero en su *Poética* (1516), y la cuestión de si el poeta es culpable de decir mentiras o de inducir a sus lectores a la inmoralidad. En estas polémicas, la *katharsis* y la condena platónica de los poetas fueron tópicos fundamentales y comunes¹⁴.

Quizás es también útil traer a colación el hecho de que el interés por la fidelidad de la representación en las bellas artes durante el Renacimiento, se basa, además, en la teoría de la evolución de la música. Beardsley afirma que: “Los teóricos de la música, empeñados en asegurar a esta un puesto entre las disciplinas humanísticas, aspiraban a una música vocal que lograra la fuerza emotiva y la eficacia ética atribuidas a la música griega. Recalaron la importancia de hacer que la música siguiera el texto, para reforzar el sentido de la palabras¹⁵”.

Como se deduce de esto, algunos de los aspectos mencionados anteriormente con respecto a su concepto de la poesía, que le viene por medio de los autores latinos y los del Siglo de Oro español, ponen a Bello dentro del neoclasicismo. Empero, su sensibilidad por los temas americanos, y los basados en hechos reales, indican que sus valores estéticos atisban nuevas formas de expresión. Anotemos, ante todo, que Bello ya ha leído a lord Byron, y no es casual que se asomen en sus juicios lecturas previas de la poesía romántica: “Sus cuadros llevan por lo regular, un tinte sombrío; y domina en sus sentimientos una melancolía, que de cuando en cuando raya la misantropía, y en que nos parece percibir cierto sabor al genio y estilo de Lord Byron”¹⁶. En necesario precisar que Heredia no imitaba a Byron, aún más, los americanos cultos no estaban tan familiarizados con las últimas tendencias de la poesía romántica inglesa. Rodríguez Monegal le da especial valor al reconocimiento que Bello hace de la influencia byroniana en Heredia porque, entre otras cosas, pone al crítico caraqueño más allá de una categoría neoclásica:

Para advertir la originalidad del juicio de Bello basta comparar lo que él dice del poeta cubano con lo que, coetáneamente escribieron Alberto Lista [...] y el colaborador anónimo de *Ocios de Españoles Emigrados* [...]. El juicio de los españoles emigrados es cauteloso y se concreta principalmente, en el elogio de la pintura de la naturaleza americana que ofrece Heredia. Bello va más hondo; no sólo ve lo que hay de nuevo en la poesía de Heredia sino que también reconoce en el ánimo del poeta cubano la influencia de Byron. Y señala con toda precisión, sus rasgos: el tinte sombrío, la melancolía casi misantrópica¹⁷.

¹⁴ Ibid; pág. 27.

¹⁵ Ibid; pág. 44.

¹⁶ *Obras Completas*, tomo IX. págs. 235-36.

¹⁷ Emir Rodríguez Monegal, pág. 111.



No deja de sorprender la perspectiva de Bello y de cómo él logra captar elementos románticos en la poesía de Heredia, en particular el aspecto melancólico de su obra. La crítica contemporánea coincide con las apreciaciones de Bello. Tilmann Altenberg sostiene que:

“Es sólo consecuente que los intentos de determinar el lugar histórico-literario de la obra herediana relativo al romanticismo coincide, por encima de sus discrepancias, en prestar poca atención a las características que vinculan a Heredia con la estética dieciochesca. Con la mira puesta en una noción más o menos elaborada del romanticismo, esos críticos tienden a registrar toda manifestación de un entusiasmo o una desesperación extremos, toda representación sintética de la naturaleza y de sus efectos sobre el poeta como indicio de la supuesta inclinación prerromántica de Heredia. Entre los factores que parecen corroborar esta afiliación histórico-literaria del poeta cubano, la melancolía observada en algún momento u otro por prácticamente todos los heredistas, ocupa un lugar prominente. Así, por ejemplo Vitier, para quien Heredia es “el primogénito del romanticismo hispano” (1968), reconoce en el cubano una “ardiente y exhalada sensualidad melancólica” (1958: 66); Díaz (1973) habla de un “sentimiento melancólico privativo en el carácter de Heredia” y para Bush (1996) la “poetic melancholia” es incluso la contribución particular de Heredia a la poesía hispanoamericana¹⁸.

Es oportuno decir que para 1826, Bello estaba al tanto de la poesía romántica inglesa y no desconocía los escándalos de Lord Byron. Cabe recordar que Bello escribió varios ensayos y traducciones de la biografía de Byron durante su estancia en Chile, y en sus páginas no esconde su admiración casi reverencial por el poeta. Bello tradujo un texto de Eduardo Lytton sobre Lord Byron y lo publicó en el *Araucano* de Santiago (No. 531, 30 de octubre de 1840):

Atribuimos originalidad y profundidad a la poesía de Lord Byron, porque expresaba nuestros pensamientos, así como en la vida ordinaria, o en los discursos de los oradores, estimamos y admiramos más a los hombres que más convienen a nosotros, hermozeando y ensalzando nuestras impresiones propias, sin someterlas a examen...porque creo que los críticos futuros admitirán sin dificultad que en sus tragedias, que nunca han sido populares, se descubre un genio de un orden más eminente que en sus cuentos orientales o en los dos primeros cantos de *Childe Harold*. Lo elevado del numen poético se echa más de ver en la concepción que en la ejecución; y esto es lo que constituye la principal diferencia entre la tragedia y el melodrama¹⁹.

Del mismo modo, Bello hizo una traducción de la vida de Lord Byron por A.F. Villemain, que también se publicó en el *Araucano* (entregas correspondientes a los días 6 y 27 de enero 3, 10 y 24 de febrero de 1843):

¹⁸ Tilmann Altenberg, pág. 14.

¹⁹ *Obras Completas*, tomo IX, pág. 641.



Jorge Gordon Byron, el primer poeta inglés de nuestros tiempos, era, por su padre, de una familia cuya antigüedad remonta a la conquista de Guillermo, y que, mencionada muchas veces en la historia, enriquecida por Enrique VIII con la confiscación de un monasterio y condecorada por Carlos I con la paria, produjo en el siglo XVIII un célebre navegador, el comodoro Byron. La madre del poeta era de la raza de los Estuardos [...]. De esta union nació en Londres nuestro poeta el 22 de enero de 1788 [...]. La Inglaterra del siglo XIX no había producido nada original y grande, como el *René*, *El genio del Cristianismo*, *Los Mártires*; aguardaba su poeta. A esta Gloria pareció desde entonces reservado Byron. Los jueces más perspicaces admiraron en los Bardos Ingleses y los Críticos Escoceses, en medio de impresiones tan personales y tan vivas, el estro sostenido, el vigor y precisión de estilo, el uso fácil y natural de la lengua de Pope. Pero este genio no debía quedar encerrado en la cólera de amor propio herido, en una represalia literaria²⁰.

La idea que interesa resaltar a partir de estas traducciones es que cuando Bello se establece en Chile, él ya posee una formación literaria sólida, resultado de sus intensos estudios, lecturas y observaciones en Londres. La biografía de Byron que Bello traduce es un material que ya conoce desde Inglaterra. No en vano lo usa para comparar a Heredia con Byron. Su obra no se puede mirar como unidades independientes, sino como una totalidad que logra su mayor punto de desarrollo durante su vida en Chile. Cedomil Goic sostiene que:

La presencia en Chile de Andrés Bello entre 1830 y 1865 fue un importante ascendiente intelectual y literario sobre las generaciones románticas. Su gestión se manifestó en parte a través de su propia obra poética y crítica, y en parte a través de su acción educadora que movió a los jóvenes poetas románticos europeos contemporáneos y particularmente de los franceses²¹.

Otro aspecto que es importante tratar en la crítica de Bello sobre la poesía de Heredia, es que el polígrafo venezolano fue uno de los primeros en establecer la influencia de Nicasio Álvarez de Cienfuegos en la poesía herediana, sobre todo en los poemas cuyo tema central es la amistad. Altenberg afirma que:

Andrés Bello y Alberto Lista figuran entre los primeros en relacionar las poesías de Heredia con Cienfuegos. En una carta a Domingo del Monte, del 10. de enero de 1828, que contiene su conocida crítica a sus *Poesías*, el poeta y erudito español cita algunos versos de Heredia que, según él, “anuncian al discípulo de Cienfuegos, gran maestro de sentir y pensar; pero modelo muy peligroso por su osadía en el arte de expresar sus sentimientos” [...]. En el siglo XX es Menéndez y Pelayo (1911) quien comenta primero la influencia del poeta salmantino en el cubano afirmando que “Cienfuegos es el principal responsable de los defectos de Heredia”. Posteriormente, este juicio es consagrado definitivamente por Chacón y Calvo (1939): “muchos de los defectos de

²⁰ Ibid; pág. 655-56.

²¹ Cedomil Goic, *O.c.*, pág. 94.



Heredia (el falso sentimentalismo, el erotismo exterior), así como algunas de sus virtudes, se explican por el influjo de los poetas salmantinos²².

Es necesario decir que de la producción literaria del poeta cubano llama la atención su cultivo fiel de la amistad, que se expresa tanto en la masiva correspondencia a sus amigos y familiares como en las dedicatorias de sus poemas. Con frecuencia Heredia tematiza la amistad profunda que lo une a su destinatario o deja constancia general del sentimiento amistoso. En efecto, tanto Bello como Altemberg coinciden en la marcada orientación de muchas de las composiciones de Heredia hacia los modelos españoles:

Las huellas del cultivo enfático de la amistad se hallan en muchos poetas españoles de la época, tanto en el plano poético como extrapoético. Piénsese por ejemplo en Cienfuegos (“A un amigo que dudaba de mi amistad porque había tardado en contestarle”, o la epístola dedicatoria a la edición de sus poesías”) y Quintana (“A Don Nicasio Cienfuegos, convidándole a gozar del campo”), así como en Blanco White y Lista²³.

De tal manera que a través de la crítica literaria, Bello se acerca a la obra de Heredia tanto desde su conocimiento y admiración profundos por la poesía de Cienfuegos, Meléndez Valdez o Quintana, como desde su familiaridad con la poesía romántica inglesa. Asimismo, la lectura de los clásicos le permiten a Bello tener un mejor entendimiento y visión histórico-literaria de la obra poética de uno de los precursores del romanticismo americano.

No cabe duda que las investigaciones de Bello, sus largas lecturas de los manuscritos medievales en el Museo Británico de Londres y su contacto directo con los hispanistas de la época, algunos refugiados en la capital inglesa, repercutieron en el pensamiento crítico del venezolano. Si se tiene en cuenta de que ya han pasado más de diez años desde su retorno de Inglaterra a Chile, notaremos que en el juicio crítico, por ejemplo de *La Araucana* de Alonso de Ercilla hay madurez intelectual y una serie de apreciaciones histórico-literarias, que obedecen a un proceso evolutivo de sus ideas.

Bibliografía

Altenberg, Tilmann. *Melancolía en la poesía de José María Heredia*. Madrid: Ediciones Iberoamericana, 2001.

Bello, A. *Biblioteca Americana*. Londres: Imprenta de don G. Marchant, 1823.

²² Tilmann Altenberg, pág. 218.

²³ Ibid; pág. 217.



_____ *Compendio de la historia de la literatura, por don Andrés Bello redactado para la enseñanza del Instituto Nacional*. Santiago de Chile: Imprenta Chilena, 1850.

_____ *Filosofía del entendimiento* (Introducción de José Gaos). México: Fondo de Cultura Económica, 1948.

_____ *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* (Introducción y notas de Rufino José Cuervo). París: Andrés Blot Editor, 1928.

_____ *Obras completas de don Andrés Bello*. Santiago de Chile 1881-1893: Imprenta de P.G. Ramírez 1881-1890.

_____ *Obras Completas*. Caracas: Ministerio de Educación, 1951, 24 volúmenes.
Tomo V. Estudios gramaticales. Prólogo por Angel Rosenblat, "Las ideas ortográficas de Bello". 1951.
Tomo IX. Temas de crítica literaria. Prólogo de Arturo Uslar Pietri, "Los temas del pensamiento crítico de Bello", y "Advertencia editorial", de la Comisión Editora. Caracas, 1956.
Tomo XV. Temas jurídicos y sociales. Prólogo de Rafael Caldera.

_____ *Obras completas*. Caracas: Fundación de Casa Bello 1981-1986, 26 volúmenes. 1986.

_____ *Repertorio Americano*. Londres: Librería de Bossange, Barthes I Lowell, 1826-27.

Goic, Cedomil. *Historia y crítica de la literatura. Del Romanticismo al Modernismo*. Barcelona: Editorial Crítica, 1990.

Grases, Pedro. *Andrés Bello. Obra Literaria*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979.

_____ *El tiempo de Bello en Londres y otros ensayos*. Caracas: Ediciones Ministerio de Educación, 1962.

_____ *España honra a don Andrés Bello*. Caracas: Presidencia de la República, 1972.

Rodríguez Monegal, Emir. *El otro Andrés Bello*. Caracas: Monte Avila Editores, 1969.